

Los que honran la clase.

De la gesta gloriosa que nuestro Ejército está escribiendo en Marruecos, se destacan cada día nuevas figuras que ponen de relieve el alto espíritu de sacrificio, de abnegación y de heroísmo que fortalece a nuestras tropas.

De los centenares de episodios aislados, de la lucha con el enemigo y el terreno—que es otro enemigo poderoso—, van quedando los nombres aureolados de gloria de humildes soldaditos españoles, de beneméritas clases y de expertos Oficiales, que, con el pecho encendido de amor patrio y el brío que da el entusiasmo y la juventud, llevan a cabo las más atrevidas empresas, donde ellos y la patria se cubren de gloria.

¿Quién hará la glosa, llevará a cabo la narración de todos estos aislados heroísmos?

El notable cronista de «El Liberal», don Leopoldo Bejarano, no pudiendo sustraerse a lo que todos estos hechos significan, dice:

«Rompiendo por una vez mi propósito de no hacer comentarios favorables ni adversos en tanto se nos reintegra la facultad de opinar libremente, he de decir desde aquí, con los acentos más elevados, cuán admirable es el espíritu de abnegación de esas modestas clases de tropa—cabos y sargentos—que, al frente de un puñado de hombres y encerrados en «blocaos» y torretas sin enlaces y sin comunicaciones, se defienden con tesón, que infunde respeto a los mismos enemigos. Cuando se historíe este nuevo episodio de la campaña, las páginas de heroísmo y de sacrificio de los defensores de torretas y blocaos se ofrecerán como notas consoladoras y como una prueba irrecusable de que no están extinguidas virtudes de la raza de cuya existencia no era lícito dudar.

Todas las noches, cuando los oficiales aviadores regresan de sus vuelos, los esperamos con impaciencia para demandar noticias de lo que han visto en el campo. Y cuando nos dicen que aún se defienden esas posicioncitas y esos «blocaos», cuando nos relatan que los soldados que los guardan tienen ánimos para saludarles con sus pañuelos y coraje para hacer reacciones ofensivas, encaminadas a alejar al enemigo y que no se apodere de lo que los aparatos dejan caer, se escapa de nuestros pechos, un suspiro de satisfacción.»

Entre quienes más se han distinguido en estos últimos días, figuran las clases que en sus brillantes crónicas de «El Sol» menciona el señor López Rienda. Dice así el cronista:

«La compañía de Regulares del Capitán Povil avanza hacia las piedras que ocupa el enemigo. No se ha hecho más que desplegar, y los rebeldes abren un fuego violento. Cae herido en una pierna el Sargento Gregorio Nicolás; pero no se retira, y, cojeando, sigue avanzando con su sección hacia las piedras, donde concentran sus fuegos las ametralladoras que se habían emplazado en unas alturas a retaguardia.

Tan avientonados están los contrarios, que cuando llega la sección de Regulares del Teniente Povil (primo del Capitán de la compañía), y em-

pieza a escalarlas, los jarqueños les tiran de pie. Pero no es inferior el ánimo de los Regulares de esta sección, en la que figura el Sargento Nicolás; siguieron avanzando y llegaron al cuerpo a cuerpo con les rebeldes.

Al subir a las peñas, un balazo alcanzó en la mano derecha al Sargento Nicolás, negándose a ser retirado. En estos momentos cae herido el Capitán Povil, con fractura del fémur. El Teniente Povil toma entonces el mando de la compañía, y el Sargento Nicolás, en vista de que el fuego arreciaba más y más, hace caso omiso de sus heridas y toma el mando de la sección, para mantenerse en el objetivo que se había señalado a ésta.

Fueron cayendo más hombres de la sección. El fuego era intensísimo en todo el frente, combatiéndose ampliamente en el flanco izquierdo.

Un tercer balazo le entra en estos momentos por el hombro derecho al Sargento Nicolás, y le sale por el cuello. Pide al practicante que le contenga la hemorragia y sigue en las peñas conquistadas, ofreciendo al Teniente Povil apoyar la retirada del Capitán, que empezaron a evacuarlo el Oficial y el asistente.

Cuando quedaban al Sargento Nicolás unos cuantos cartuchos, miró en torno suyo. Los hombres de su sección que no habían muerto se habían ido replegando hacia la izquierda. Dos moros enemigos avanzan sobre él decididamente. El Sargento cargó el fusil con la mano herida y dió muerte a los dos enemigos.

Por la izquierda, un grupo de siete moros avanzó osadamente para apoderarse del grupo que formaban el Capitán herido y los que lo evacuaban. Tan ganada creían la partida, que traían los siete jarqueños el fusil colgado al hombro. Un balazo hiere nuevamente en la mano derecha al Sargento. Este, al retirarse para impedir los propósitos de los moros, encontró al Teniente señor Montenegro, de las fuerzas que combatían en el flanco izquierdo, y ambos lograron matar a cinco moros y poner en fuga a los otros dos, haciéndose sin dificultad la retirada del Capitán Povil.

Aún recibió un quinto balazo, en la oreja, el Sargento Guillermo Nicolás, de quien su Capitán, que se encuentra en Taguesut, no cesa de hablar con entusiasmo, habiendo pedido para él, como justa recompensa, la cruz laureada de San Fernando.»

Y al día siguiente, narrando las dificultades que había para socorrer los puestos sitiados del Kala, socorro que había sido fracasado ya en dos o tres ocasiones, dice:

«El Suboficial Bartolomé Munar, con 16 legionarios, se ofreció a llevar agua a la posición sitiada. Con sus legionarios cargados de cantimploras llenas de agua, Munar avanzó bajo terrible fuego y ganó la posición, yendo a ocupar la avanzadilla para defenderla, pues el enemigo la atacó violentamente.

Con solo tres hombres ya, el Suboficial Munar estuvo defendiéndose toda la noche del 15 y el 16, quemándole la mano izquierda el cañón del fusil, caldeado del continuo fuego. Munar ha sido propuesto para la cruz de San Fernando.»

¡Orgullosas pueden estar las clases de tropa por contar entre sus compañeros a héroes como éstos!